

## ZAMACOIS PASA POR MENDOZA

*Adolfo Ruiz Díaz*

Mi propósito, modesto, no apunta a la reivindicación o a la protesta contra el olvido actual de quien fue tan leído durante las tres o cuatro primeras décadas de nuestro siglo. No obstante, creo que Eduardo Zamacois ofrece un indudable interés para el estudio de los gustos colectivos y los medios literarios españoles y americanos. Fue, si no un autor de primera fila, una figura notable y notoriamente representativa del período cargado de contrastes que abarca el final del XIX, sobrevive maltrecho a la Primera Guerra Mundial y se agota en las contradicciones, esperanzas, violencias, innovaciones y rebeliones de los Años Locos.

Hijo de vasco y andaluza, Eduardo Zamacois nació en Pinar del Río, en una finca familiar al oeste de Cuba, el 17 de febrero de 1873<sup>1</sup>. Su infancia y su niñez fueron errantes. Una mezcla de cosmopolitismo hotelero con intermedios de relativo asentamiento. Sevilla y París persistirán en sus hábitos y en sus nostalgias. En

---

<sup>1</sup> Es la fecha más segura y aparece destacada en el epígrafe de *Un hombre que se va. Memorias*. 2a. ed. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1969. p. 9. Otras obras de consulta, anteriores a las *Memorias* citadas, rejuvenecen al escritor: lo hacen nacer en 1876.

ellas transcurrieron sus primeros quince años y se complace en resaltar en sus memorias que el norte y el sur hicieron de él desde entonces un hispano francés con silueta de novillero y vocación de escritor. Una personalidad contradictoria, en perpetuo conflicto, que persistirá hasta su muerte, nonagenario y empleado de la Asistencia Pública en Buenos Aires.

Las dos ciudades en cuya tensión Zamacois cifra su carácter simbolizan los polos profundos que solicitaron su existencia. Basta para comprobarlo un repaso de sus novelas, sus cuentos, sus crónicas y, por descontado, sus memorias. Por una parte, la necesidad de cambio frecuente para atenuar un hastío invencible que le produce el contorno apenas amenaza endurecerse en rutina. Este afán se traduce en el impulso constante a las fugas y una esperanza en lo imprevisto que postula el azar como lo único seguro.

En oposición con este llamado de lo nuevo, lo cambiante y la afición, a ratos pueril, otros descarada y amarga, de buscar, urdir o aceptar la aventura, por lo común en forma de mujeres que se le cruzan en el camino, está el llamado a afincarse para cumplir su destino de escritor en el trabajo concentrado y continuo. Inclusive la chatura provinciana que atribuye a España, la inercia apenas disfrazada de pintoresquismo y, sobre todo, la dureza de la lucha contra la miseria, lo atraen tanto como lo rechazan. En apariencia, más lo segundo. Sin embargo, al acercarse y traspasar los cincuenta, encara una serie española de deliberado sesgo costumbrista. El ciclo, proyectado en siete volúmenes, se quedó en tres, interrumpido por la Guerra Civil que lo alejó definitivamente de su patria. En estas novelas, que llama de *ambiente social*, se destaca *Las raíces* (1927), su obra incomparablemente más sólida. En ella hay coincidencias de visión, ideología y argumento, que no considero casuales, con *La tierra de Alvar González*, el romance de Antonio Machado. Aunque prevalecen los procedimientos naturalistas, el modelo de *La Terre* no agota sus precedentes. Reconocemos, además, una espontánea o reflexiva afinidad con el realismo español de la segunda mitad del XIX. En particular, la admiración por la destreza de Galdós para organizar narrativamente la realidad cotidiana.

A mediados de 1910, aparte de consuetudinarias apreturas económicas y los consabidos enredos amorosos, Zamacois atraviesa una racha optimista. Si sus colegas y la crítica no le han dado el lugar que merece, la editorial Renacimiento, fundada en 1907 y dirigida por Gregorio Martínez Sierra le ofrece la oportunidad de disi-

par los aspectos negativos de su fama. Martínez Sierra, en efecto, le ha propuesto la reedición cuidadosa de sus novelas ya publicadas y de las que en adelante escriba. Este primer ciclo, que Zamacois califica de *pasional*, iniciado con *Punto negro* (1897), se cierra con la aspereza marinera de *Sobre el abismo* (1905). Todas han contribuido a rodear el nombre de Zamacois de un halo erótico con ribetes indecentes. Le han ganado multitud de lectores y, conviene anotarlo, de lectoras. Pero, presentadas en ediciones baratas, con tapas chillonas y llenas de erratas, lo han relegado al plano de escritor de quiosco. El provecho monetario no ha sido considerable. Sofocado por la urgencia de cada día, dado a malgastar en caprichos enseguida decepcionantes, Zamacois las ha malvendido hasta ese momento al editor Ramón Sopena.

*El otro*, inicial de la renovación que Zamacois se promete, menos preocupada por el sexo y enderezada al misterio y la ironía, sale a las librerías en junio de 1910. La fecha importa porque nos permite corregir un poco la reiterada vaguedad cronológica de las memorias. Su primer viaje a América debió de emprenderse uno o dos meses después.

Buenos Aires, la Argentina están de moda. Nuestro país ofrecía desde mucho antes una promesa de buen trabajo y aun de pronta fortuna a los que emigraban para cultivar la tierra o dedicarse al comercio. Ahora, con el brillo del Centenario de la Revolución de Mayo celebrado con esplendor y la presencia de delegaciones oficiales que, según la retórica periodística, abarcaban el mundo entero, no son pocos los escritores, los artistas y los actores inclinados a tentar suerte en la Cosmópolis del Plata. Blasco Ibáñez, que acaba de volver de nuestro país, no se cansa de encarecer las posibilidades que brinda a la gente inteligente, audaz y emprendedora. Vale decir la gente como don Vicente Blasco Ibáñez.

Zamacois lo visita y su deseo de expatriarse entusiasma al levantino. Mientras lo escucha, revuelve en su cabeza el problema inmediato. ¿Cómo costearse el pasaje? En una de las inspiraciones súbitas que lo ayudan en los trances difíciles, le propone al autor de *Cañas y barro* redactar un folleto sobre lo que éste ha hecho y se propone hacer después de su gira sudamericana. Excelente idea. Blasco Ibáñez se lo compra en mil pesetas, a condición de que se lo entregue la semana próxima. A Zamacois no lo arredran las premuras. Con celeridad capaz de humillar las plumas más veloces de la

historia, escribe ciento veinte páginas en cuatro días.

Poco le cuesta convencer a su cónyuge de los beneficios futuros de la separación. Cándida está curtida en esta clase de peripecias. Más difícil le resulta el asentimiento de la favorita de turno, la actriz Ramona Valdivia, intérprete de las tres piezas que Zamacois lleva estrenadas<sup>2</sup>. Mil pesetas en el bolsillo, un viaje en puerta y la perspectiva de desligarse de preocupaciones femeninas, comunican irresistibles virtudes suasorias. A Cándida le promete un hogar americano, sin estrecheces. A Ramona, la felicidad de vivir libremente y, es probable, aplausos de otros públicos para renovar su prestigio en baja.

Compra un baúl en la casa Camuño, compadece a los empleados que venden objetos de viaje y deben quedarse amarrados a los mostradores y, en la puerta, sin reconocerla, dirige miradas admirativas a la reina doña Victoria Eugenia que ha salido a recorrer tiendas como cualquier señora burguesa. La víspera de embarcarse en el *Paraná*, de la Compañía Francesa de Transportes Marítimos, una vuelta por las redacciones. Conviene que los diarios hablen de su partida. *El otro* está en venta y, al parecer, las cosas marchan. Unas cuantas noticias impresas contribuirán al éxito y le servirán para destacarlo y destacarse al llegar a Buenos Aires.

A la pregunta acerca de para qué se dirige a Buenos Aires, Zamacois, sorprendido, se encoge de hombros.

—¿A qué? ... ¡A verlo! ... ¡A vivir allí unos cuantos meses, a establecerme quizá... ¡no sé! ... ¿Es que un hombre inteligente y trabajador no puede vivir en todas partes? ¿Es que a Buenos Aires sólo debemos ir a ganar dinero? ¿Es que la gran ciudad que brilla al otro lado del mar como un faro gigante, como un Eldorado de ensueño y maravilla a los ojos de todos los necesitados del mundo, no merece ser visitada por el único y limpio placer de verla? <sup>3</sup>

---

2 Estas tres comedias son *Nochebuena*, 1 acto, estrenada el 23 de diciembre de 1908, *El pasado vuelve*, 1 acto, en enero de 1909 y *Frío*, 2 actos, el 24 de mayo del mismo año. Todas en el teatro Romea de Madrid. Reproduzco las fechas que aparecen en *Un hombre que se va*. Dichas memorias también mencionan, sin otra precisión, *Los Reyes pasan* y un drama que no llegó a la escena, *El secreto*.

3 Eduardo ZAMACOIS. *Dos años en América. Impresiones de un viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New-York y Cuba*. Barcelona, Editorial Maucci, s/d. p. 8. (La *Dedicatoria* está fechada en 1912).

Zamacois es bien recibido. A los periodistas que suben a la cubierta del *Paraná* para entrevistarlo les reitera su ausencia de proyectos. Ha venido para nada, un fácil retruécano con el nombre del barco, facilitado por su omisión andaluza de la última sílaba. La ocurrencia provoca risas amistosas. Buen augurio. Pero las novedades que venían de Europa eran tantas que pronto se deslustraban. Buenos Aires era acogedora y simpática con los visitantes dispuestos a admirarla. Abrirse camino en ella, sobre todo para un escritor sin otros recursos que sus frases, era mucho más arduo.

Consignaré muy apretadamente las actividades de Zamacois en Buenos Aires. Apenas lo indispensable como prolegómenos del viaje a Mendoza. Primero se aloja en una habitación sin comida de la calle San José. Un conventillo ruidoso y pendenciero que, a pesar de sus simpatías populares, lo obliga a buscar residencia más cómoda. Se instala en el Hotel Comercio, propiedad de un compatriota que lo relaciona con el ambiente porteño y lo presenta en La Razón. En este vespertino, cuyo nombre divertiría años más tarde a Ortega unido al de su competidor *Crítica*, publica en folletín a partir del 9 de enero de 1911, *Los emigrantes*<sup>4</sup>. Asiste a las previsibles tertulias del café *Los Inmortales* y de otros de la Avenida de Mayo donde se encuentra con actores compatriotas que hacía años había perdido de vista y daba por desaparecidos<sup>5</sup>. Siempre tentado por la escena y el incierto y movedizo mundo de los comediantes, escribe a la disparada, en colaboración con José de Maturana, un disparate cómico con música. Lo titulan, el tema estaba en boga, *Espiritismo*. La obrita pasó sin gloria por el teatro *Argentino*, pero sin pena. Lo cual, dada su endeblez, no dejaba de ser estimable. Incomparablemente más digno de recuerdo es el estreno en estas tierras de *Frío* con Florencio Parravicini de protagonista.

---

4 Se me ocurre que sería interesante un cotejo de esta novela con las de tema análogo escritas por españoles. Por ejemplo, las de Francisco Grandmontagne y *El destierro* de Julio Camba. Esta última, no sobra consignarlo, fue publicada en el número 43 de *El Cuento Semanal* (Madrid, 25 de octubre de 1907). Hemos nombrado la empresa de más aliento y mayor influencia de las dirigidas por Zamacois. Camba era entonces un joven rebelde que poco antes había sido expulsado de la Argentina por sus actividades anarquistas.

5 *El café de los olvidados* es el título de la segunda crónica de *Dos años en América*. La referencia a Eliseo San Juan y Enrique Mesa aparece en la pág. 15 del libro cit.

El cómico admira y desespera a Zamacois por su completo descuido de ensayar la comedia en dos actos. Sale a escena, según su hábito, a improvisarla. Una vez más, el joven, y ya triunfante Parra, que dos años más tarde será ovacionado por el público madrileño<sup>6</sup>, consigue imponer la obra. Por lo menos, una versión personalísima de ella.

No puede negarse que Zamacois trabaja. Además del folletín cotidiano, de sus incursiones teatrales y de sus trasnochadas entre viejos y nuevos amigos, colabora en *Caras y Caretas*, la revista que ha renovado el género y que dirige Fray Mocho. Después, en el semanario satírico *PBT* cuya portada, junto con una caricatura política, advierte que se dirige a niños de seis a ochenta años.

No conviene hacer promesas a las actrices celosas. Reaparece Ramona Valdivia y con su terquedad de no entender que a los seres queridos los favorece la distancia reaviva en su amante los deseos recurrentes de fuga. La meta de su *dromomanía*, para emplear uno de los tantos términos científicos con que suele caracterizar sus sentimientos y los ajenos, los reales y los que atribuye a los personajes de sus cuentos y novelas, es ahora Santiago de Chile.

Por fortuna ha llegado Enrique Borrás con su compañía. Figurar en las carteleras y en el escenario al lado del gran Borrás era tentador para Ramona Valdivia. Sufre la depresión de los actores inactivos y no le bastan para tranquilizarse las escenas que tienen como único espectador y víctima a este Don Juan que se enamora por aburrimento y pronto se aburre de sus enamoradas.

Como ella no se anima a entrevistarse con Borrás, Zamacois se encarga de la gestión. Suponemos que de la mejor gana. Borrás, falto de una primera actriz, la contrata. Con los ensayos y el arreglo de los trajes para la función inaugural, Ramona se muestra más tratable y consiente un intermedio chileno. Nueva promesa de pronto retorno y, quizá, la reflexión de que no estará de más averiguar si del otro lado de la cordillera se respiran aires promisoros para una pareja de artistas.

---

6 Zamacois dedica la V crónica de *Dos años...* a Parravicini, págs. 31-35. *Lo considera el único comediante que (Buenos Aires) puede oponer con éxito ante los primeros maestros de la risa europea.* Y agrega: *Y digo "el único", porque Florencio Parravicini no imita a nadie, ni se parece a nadie* (p. 35). La presentación del actor en Madrid fue, como se sabe, con *Fruta Picada* de Enrique García Velloso el 7 de marzo de 1913.

Sostiene Zamacois que la escasez de dinero favorece el goce de la vida viajera. En su caso, parece cierto. Es un ingrediente más de su inclinación a la aventura por la aventura misma. Así, con muy pocos pesos en el bolsillo y un maletín de mano, sube al tren que lo llevará al lejano oeste.

Es de notar que, en las memorias, el relato de su estadía en Mendoza se reduce a unas ocho páginas. Zamacois se atiene a una trama discontinua que elude la morosidad descriptiva. El mínimo indispensable para contarnos cómo el azar le proporcionó los medios de recorrer un tramo más y quedarse nuevamente, confiado en lo imprevisto, en el andén de Las Cuevas. Pero hay otro hecho más sugestivo. Las crónicas reunidas bajo el título de *Dos años en América*, publicadas muy cerca de los sucesos, no sólo omiten por completo la estadía en Mendoza sino que nos presentan un viaje directo de Buenos Aires a Santiago.

La disparidad de los testimonios separados por cincuenta años tiene, creo, una explicación. Como se juzgará enseguida, la conducta de Zamacois en Mendoza no fue precisamente ejemplar y no era prudente respaldar con su firma posibles rumores llegados tanto a Buenos Aires como a España. Un silencio muy análogo lo encontramos respecto a su salida de Berna en 1915. Sus crónicas como corresponsal de guerra callan toda referencia personal comprometedora. Las memorias, en cambio, precisan detalles que el paso del tiempo ha vuelto inocuos y siguen siendo divertidos.

La lectura y relectura de las pocas páginas consagradas al tránsito por Mendoza me ha incitado a completar algo los ambientes y las circunstancias. Una tarea más histórica que de crítica literaria que incita a proseguirla con investigaciones más laboriosas. Ignoro si mi aporte perjudicará la lectura del relato original en quienes lo conozcan después de mis apuntes. Es posible. De todos modos, confío en que los recuerdos del español inquieto hagan olvidar lo que un profesor ha olvidado.

“Después de viajar veinticuatro horas por la Pampa —a Zamacois no le disgustaban las mayúsculas altisonantes— la llanura inmensa y rojiza empezó a teñirse de verde según nos acercábamos a Mendoza, y en el remoto horizonte comenzaron a insinuarse los Andes, que representan una reacción contra la humildad de la planicie y son el esfuerzo más gigantesco que hizo la tierra para conquistar el espacio. Y

esa cordillera, que guarda en sus entrañas piedras suficientes para cubrir de palacios el mundo, conforme se allegaba parecía decirme: "No pasarás de aquí".<sup>7</sup>

Ortega, en un ensayo memorable, meditó que, a diferencia del paisaje europeo, concentrado en los primeros planos, la pampa vive de su confín. Y se preguntó si un rasgo esencial de los argentinos no sería precisamente resbalar hacia un horizonte inasequible sin trazar un proyecto y seguirlo paso a paso. Zamacois nos lleva a los límites de la llanura según una doble perspectiva que se identifica en el viajero en una visión dinámica. La llanura que se eleva en un esfuerzo hacia la cordillera asume en su personificación los anhelos que embargan al protagonista. El cuadro simplifica los detalles en favor del movimiento. La cordillera, más allá de un toque práctico acerca de sus riquezas, transpuesto a los visos suntuarios de posibles palacios construidos con su geología, significa, ante todo, con vigor absorbente, un desafío. La maciza quietud andina aumenta, por contraste, el afán que Zamacois lleva en sí mismo. La voluntad de empinarse y trascender a la horizontalidad que el autor proyecta en el llano se continúa y concentra, ya llegado a la ciudad, en la impaciencia de vencer la valla orográfica y seguir adelante en un destino reacio a las estabildades.

Zamacois nos informa, en números redondos, que desde Buenos Aires hasta la presencia visible de la cordillera han transcurrido veinticuatro horas. El dato no carece de valor para quienes apreciamos las precisiones menudas. Por casualidad o por prisa, Zamacois ha viajado en uno de los trenes rápidos que cubrían la distancia entre la estación porteña y la capital mendocina en 26 horas y media. Este servicio, inaugurado el 7 de marzo de 1902, nos demuestra que el ídolo de la velocidad que hizo componer a Verne allá por 1873 una imaginaria vuelta al mundo en ochenta días había seguido conquistando adeptos. Por el momento, se trataba de trenes privilegiados. Los ordinarios, dicho sea sin ofensa, tardaban casi el doble.

La llegada de Zamacois a Mendoza coincide con el primer año de gobierno de Rufino Ortega hijo a quien acompaña en el ejecutivo Silvestre Peña y Lillo. La ciudad, considerada progresista en los

---

7 *Un hombre...* Ed. cit. p. 273.

manuales de geografía y por la opinión pública, mantiene una fisonomía apacible con sus calles arboladas y sus casas amplias, en su mayoría de adobe y de un solo piso. Una estatura igual, por lo demás, a la que predominaba en las demás ciudades argentinas, sin excluir la orgullosa reina del Plata, a principios del siglo XX. Las casas de altos y los rascacielos se harán esperar un poco. Fisonomía apacible, pues, lenta para el habituado al creciente apremio que ya se ha apoderado de tantas en Europa y América. Tal vez ingrato para quien, como sabemos, deplora el desdén a los relojes que profesan los españoles. Tal vez, por el contrario, un descanso que le trae a la memoria su Andalucía infantil y hasta, por qué no, la Cuba dormilona en que nació casi cuarenta años antes. No obstante, esta primera impresión queda desmentida por los hechos y por las estadísticas. En primer lugar, en Mendoza se trabaja y mucho. Y, en segundo lugar, las sacudidas políticas grandes y chicas no dejan de turbar y de atraer a los nativos y a los inmigrantes que, como en el resto de nuestra patria, contribuyen a configurar sin pausa una realidad nueva. Poco después de la salida de Zamacois se sancionará una nueva ley electoral —estamos en la presidencia de Roque Sáenz Peña. Un paso más en el proceso que culminará con la aplicación de la ley del sufragio universal que llevará a los radicales a la Casa Rosada y el 6 de marzo de 1918 le abrirá las puertas del mando a José Néstor Lencinas.

Hemos tenido pruebas reiteradas de que la farándula fue una compañera asidua de Zamacois en sus años mozos. Los espejismos de las tablas al igual que los enredos, los chismes, los celos de los camarines y entre bastidores persistieron hasta bien avanzada la madurez. En esta ocasión cuyana la comedia y los comediantes le mostraron, hecho el balance, un rostro favorable.

Por probable recomendación de algún amigo o amigos de Buenos Aires, Zamacois se aloja en el Hotel Bahuer (y no Bauer como se lo nombra en las memorias). No he podido averiguar su categoría. Cabe suponer que sus precios no eran muy altos. Zamacois, a pesar de su osadía, no llevaba una suma como para permitirse demasiados lujos. Además, como enseguida veremos, su encuentro con actores en gira, gente siempre escasa de fondos, corrobora esta conjetura. El hotel, o talvez mera pensión apta para viajeros de comercio, estaba situado en la calle Necochea 159. Esto es, frente a la antigua plaza Cobos que desde el 5 de junio de 1904 había cambiado su nombre por el de plaza San Martín al inaugurarse la estatua del

prócer.

Apenas acomodado en su habitación, una buena noticia. Zamacois se entera de que esa misma noche del sábado 15 de abril de 1911 se presentará en el teatro Municipal la compañía que encabeza Enrique Muiño y que incluye a dos de los viejos amigos madrileños reencontrados en Buenos Aires: Félix Mesa y Eliseo San Juan. Para saludarlos no tiene que molestarse mucho. Son huéspedes del mismo hotel y en ese momento la compañía en pleno se ha reunido para el almuerzo. Corre al comedor y se sienta con ellos para su primera experiencia de la cocina mendocina. Se ha perdido todo rastro del menú y Zamacois no nos proporciona ningún juicio al respecto. La ruidosa camaradería con que ha sido recibido lo alienta para exponer la situación en que se encuentra. En resumen, expone su absoluta incompatibilidad financiera con el propósito perentorio de llegar a Chile.

Muiño y los suyos han llegado a Mendoza con optimismo. Por lo menos, *Los Andes* del 12 de abril, en *Sociales*, anticipa que hay mucha expectativa ante la inauguración de la temporada de invierno (sic) por una compañía de zarzuela de las llamadas de género chico. Aunque sin afirmarlo de manera rotunda, el diario informa que el debut será el próximo sábado y que varias familias han retirado ya sus localidades.

El nombre de zarzuela aplicado a la compañía anticipa su índole ecléctica. Era entonces usual para abarcar géneros que incluían desde el sainete y el juguete cómico a operetas y comedias breves. El repertorio se componía, en su casi totalidad, de obras españolas y, en minoría, nacionales. También éstas, además de tomar por modelo sus equivalentes peninsulares, en un período de producción abundantísima, eran representadas por actores y actrices de ambas nacionalidades. Como en el caso de Mesa y San Juan, nunca faltaban los hijos de la Madre Patria que habían acabado por afincarse entre nosotros.

Hijo de gallegos, Enrique Muiño es uno de los actores que, en esta etapa de transición, perfila ya con nitidez el aporte de un estilo escénico inspirado en la realidad del Buenos Aires cosmopolita. Desde el orillero bailarín, piropeador y orgulloso de su planta como los inmigrantes que en una galería pintoresca son ya inseparables del trabajo y las diversiones de Buenos Aires, de Santa Fe, de Rosario, sin omitir a los que, con algún resquemor de los criollos,

han preferido el campo. Después de una niñez durísima marcada por fugas precoces, palizas paternas y oficios que apenas le dan de comer y lo obligan a dormir en cualquier parte —desde bancos de plaza y zaguanes a refugios de vagabundos y decididos maleantes—, Muiño ya es alguien en el teatro. Anda por los treinta años y desde 1907 forma parte de la compañía que en el *Argentino* encabeza Parravicini.

Los descansos del *Argentino* son aprovechados por Muiño y quienes quieran seguirlo para, según la vieja jerga teatralera, arriesgar "salidas al bosque". Traduzcamos: funciones en el interior que no aseguraban mucho más que la subsistencia en cada lugar visitado. Si nos atenemos al testimonio del propio Muiño, se iba de primera y se volvía de segunda<sup>8</sup>.

Emparentado con Zamacois en el amor al teatro y en las frecuentes flacuras de caja, Muiño se ofrece sin dilaciones a solucionar le el problema. Le organizará una función en su honor y beneficio estrenándole una obra. La única condición es que, conforme al ritual, Zamacois pronunciará al final de la velada cuatro palabras de agradecimiento y despedida. Si bien Zamacois considera ridícula esta costumbre de que el autor tenga que salir a escena, no caben reparos ni remilgos. Trato hecho. La novedad del programa atraerá público, asegura Muiño y, en fraternal reparto, Zamacois recibirá "el cincuenta". ¿Contento?, resume Muiño.

"Contento era poco; estaba hechizado; y al levantar la cabeza y mirar el cielo en acción de gracias, los Andes, mis orgullosos enemigos, me parecieron más pequeños".<sup>9</sup>

Se inician los ensayos de inmediato. Más bien, un simple repaso porque la comedia elegida es *Frío* que los actores conocen por haberla representado o visto en Buenos Aires. Falta, es cierto, Florencio Parravicini para el papel de amante engañado. Pero no hay mal que por bien no venga. El público mendocino tendrá la primicia del texto verdadero y no la improvisación que ofreció Parravi-

---

8 Domingo José CASADEVALL "Enrique Muiño (1881-1956)". En: Varios. *Quien fue quien en el teatro nacional*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1969. p. 190 y ss.

9 *Un hombre*. . . Ed. cit. p. 273.

cini al porteño. Por consiguiente, el estreno en el Municipal adquirió visos de estreno absoluto en la Argentina.

¿Qué hace Zamacois en espera de que su *Frío* le caldee los bolillos? Por lo pronto, como la víspera de la partida de Madrid, una oportuna vuelta por las redacciones. Periodista, sabrá captarse las simpatías de los que comparten su oficio. Autor, le conviene mostrarse en letras de molde antes de agradecer los aplausos de la distinguida concurrencia. Así es como el 21, viernes, entra en el diario cuyano por antonomasia. Al día siguiente, la página 8 de *Los Andes* da cuenta de la visita en un tono más formulario que entusiasta.

“ Hemos recibido ayer en nuestra redacción al brillante y conocido escritor literato español don Eduardo Zamacois, que viene a Mendoza de paso para Chile.

Este caballero se ausentará, probablemente el lunes, a la vecina república, pero antes desea conocer varias bodegas, las más importantes, y parte de nuestra campiña, de lo cual se ocupará probablemente hoy y mañana, acompañado de algunas personas.”

Sorprende que nada se diga de la próxima representación de *Frío*, según documenta el interesado, ya decidida y en ensayos. Es posible que la omisión se deba a una elemental prudencia aconsejada por la inseguridad del repertorio de las compañías en gira. También, a que no ha llegado a la mesa de noticias una comunicación del Municipal. No nos perdamos en conjeturas y atendamos a otro aspecto. Que se dé como probable la partida de Zamacois para el próximo lunes, esto es, *antes* de la función en su honor y beneficio. Aquí, acertaron *Los Andes* en no dar por segura la fecha que el escritor, vaya uno a averiguar con qué designio, les había facilitado. Por motivos heterogéneos, la estadía se prolongó bastante.

Ni las memorias ni las crónicas de los dos años en América se refieren a encuentros con los círculos intelectuales de Mendoza. Cabe suponer que, como en Buenos Aires, prefirió la compañía y la conversación con los jóvenes cuya iniciación en las letras coincide con el cambio de siglo. Con ellos, en oposición a los “viejos” había coincidencias apreciables. Mientras los de la promoción anterior seguían en una tónica romántica tardía con ocasionales recursos al positivismo —un rótulo que, como siempre exigiría mayores preciso-

nes— los jóvenes combinan las novedades, para ellos, del modernismo con las premisas combativas de los naturalistas.

Las galas deudoras de *Prosas Profanas* afloran, en especial, en Julio Barrera y Oro, J. Enrique Acevedo, Evar Méndez— que en el futuro *Martín Fierro* encabezará el grupo opuesto a las melancolías decorativas en favor de una apertura hacia corrientes más actuales y más audaces —Alfredo Herrero, Juan Videla Cuello, Juan C. Lucero, Benjamín Taborga. Las asperezas denunciadoras de Zola y sus seguidores variablemente fieles se reconocen en J. Alberto Castro y Ricardo Ciro Higginson. Considero que el efecto más interesante del naturalismo hay que señalarlo en un conjunto de narraciones cortas y anónimas publicadas en *El Debate*. Su tema, los bajos fondos mendocinos. Un trasplante curioso de la *tranche de vie* mercedora, opino, de un estudio aparte<sup>10</sup>.

Acompañado por Félix Mesa, que le sirve de introductor y de guía, Zamacois se dedica a disfrutar el otoño mendocino. Saborea las noches claras y tan tibias que en sus recuerdos las llama de verano y, para no cambiar la costumbre, no vuelve al hotel Bahuer antes del amanecer. Pero, por propia confesión, hombre más urbano que rural, no se conforma con visitar bodegas, tampoco con charlas literarias y algunas invitaciones de pausada hospitalidad cuyana. La libertad y las expectativas de Chile a pocas horas gracias al Trasandino requieren un amorío. Le toca el turno a una muchacha de la compañía. El párrafo es una muestra (ramplona) de prosa lírica.

“A la felicidad de estas horas de holganza, el amor quiso añadir sus mieles, y lo hizo valiéndose de una artista de la compañía, hija de una india de Río Negro, de quien heredara la carne dura y los cabellos tenebrosos, y de un francés, que dejó en ella un perfil europeo y la suavidad de unos ojos claros. Aurora simbolizaba la suavidad, la quietud plácida de las almas imprevisoras —almas sin reloj— que se dejan vivir”. Era bonita y la llevé a mi hotel.”<sup>11</sup>

---

10 Me atengo en lo fundamental a Arturo Andrés ROIG. *La literatura y el periodismo mendocinos a través de las páginas del diario "El Debate" (1890-1914)*. Mendoza, U.N.C., 1963.

11 *Un hombre*. . . Ed. cit. p. 273.

Aurora no sólo colabora con su estampa exótica y su delicada mansedumbre muy de acuerdo con las modas "decadentes" del fin de siglo. Completa con un baúl de gran formato la instalación de la pareja en el Bahuer. El hecho demuestra una innegable tolerancia o indiferencia del hotelero respecto a las uniones eventuales de los huéspedes. Zamacois prefiere recalcar que el baúl aplaca la desconfianza producida por la exigüidad de su equipaje. Avezado en la materia, subraya que en los hoteles y en los trenes un equipaje escaso o pobre provoca el menosprecio del viajero y las sospechas de una huida con deudas pendientes.<sup>12</sup>

El miércoles 26 de abril, en la rúbrica *Teatros y artistas*, *Los Andes* elogia las actividades de la compañía de zarzuelas y operetas hispano argentina. Afirma que en las obritas (sic) que ofrece pueden admirarse los últimos progresos del teatro nacional, cuya fecundidad, arte e ingenio empiezan a ponerse en evidencia. Para hoy, prosigue, se anuncia una función de gala en honor del escritor español señor Eduardo Zamacois. A ella asistirán probablemente —un adverbio, observamos, frecuente en el diario— el gobernador de la provincia, el intendente municipal, el vicecónsul de España y demás elementos de la colectividad. Una fiesta de confraternización muy acorde con el espíritu del Centenario y el elenco y el repertorio de la compañía. El cartel corrobora estos sentimientos de unión entre españoles y argentinos. Junto con los dos actos de *Frío* subirá a escena la bonita zarzuela de Nemesio Trejo *Los inquilinos*.

El día de su honor y beneficio fue para Zamacois halagador y movido. El vicecónsul de España, señor Manuel Vélez, le ofreció un almuerzo en el club Gimnasia y Esgrima. Fueron invitados al agasajo— siempre de acuerdo con *Los Andes* de esa fecha

"... algunos de los principales miembros de la colectividad española y diversos de nuestros más conspicuos elementos intelectuales".

Después de la función, una cena de hombres solos:

"Anoche —dicen *Los Andes* del jueves 27— obsequió también con una comida, en su domicilio, a nuestro distin-

---

12 *Ibid.* p. 273-274.

guido huésped, el señor Julio L. Aguirre.

Estuvieron presentes en torno a su bien servida mesa, las siguientes personas:

Eduardo Zamacois, Julio L. Aguirre, Ricardo Ruiz, Daniel R. Videla, Bernabé Durán Arenas, Diego Correa, Demetrio Petra, Félix Suárez, Mario de la Reta, Raúl Romero Day, Juan C. Lucero, Rubén J. Alvarez, Dionisio G. de Castillo, Enrique Acevedo, Agustín Roig".

En cambio, es una lástima, el diario no le dedica una crónica a la función de gala. Nada sobre la obra de Zamacois ni sobre los intérpretes. Debemos conformarnos con enterarnos el viernes 28 de que la velada fue un éxito. Pero, a continuación, una noticia inquietante para Muiño, Mesa, San Juan y sus compañeros de salida al bosque. El interés de los espectadores de este coliseo (sic) ha amainado un tanto al día siguiente de *Frío* y *Los inquilinos*. Cierto que ni *Las gitanas* ni *La moza de mulas* son piezas de mérito. Acaso, se sugiere, la mayor novedad de *Gente sería*, *Doctor Franz* y *El pipiolo* atraiga a más espectadores.

Sin extenderse en alegrías artísticas, Zamacois corrobora el éxito de la función y sus consecuencias. La gente que llenó el teatro le produjo unos ochocientos pesos. Reconoce que lo discreto hubiera sido abonar sin tardanza la cuenta del hotel y reanudar su éxodo. Pero dado que la *imprevisión es su segunda epidemia*, no pagó nada y el dinero se le iba *por los mil agujeros que la juventud tiene en las manos*<sup>13</sup>.

En aquellos tiempos, un par de ceros a la derecha imponían respeto. A pesar de las frecuentes quejas en torno a la carestía de la vida y las crisis siempre al acecho, con ochocientos pesos se podía subsistir bastantes semanas sin pecar de avaro. Es cierto que artículos que en 1905 o en 1906 costaban cuarenta o cincuenta pesos requieren ahora ciento cincuenta o doscientos. La carne que poco antes se vendía a veinticinco centavos el kilo ha casi duplicado su precio. No se la consigue por menos de cuarenta centavos y el litro de leche ha aumentado en un cincuenta por ciento: cuesta treinta cen-

---

13 *Ibid.* p. 274.

tavos<sup>14</sup>,

El hecho es que Zamacois se quedó en Mendoza más días de los aconsejables. No hay que descartar que una nevada que cerró el túnel internacional contribuyera a demorarlo y propiciar el comienzo de su derroche. Lo cierto es que vuelve a encontrarse tan apurado como a su llegada y sin funciones de beneficio a la vista. Los actores, burlones y divertidos, insisten en preguntarle para cuándo es la urgente partida a Chile. Aurora sonríe, Zamacois, ingenuamente, supone que la deliciosa mestiza piensa que el amor será más fuerte que los anhelos de cruzar la cordillera.

Los fantasiosos se refugian en las soluciones súbitas. Telón rápido. Hay que dar un corte a los encantos mendocinos. Muy de mañana, después de una premeditada noche de copas abundantes, Zamacois abandona el hotel para tomar el tren de las siete. No se despide de Aurora. La deja dormida y en garantía, junto con el baúl, de que reaparecerá a breve plazo —una semana, pongamos— para quedar limpio de deudas. Zamacois explica su proceder en un párrafo altisonante con ribetes de Echegaray y reminiscencias de Nietzsche, digno de competir con la escena a lo Sardou que tuvo que soportarle a Ramona Valdivia al dejarla en Buenos Aires<sup>15</sup>.

Un arqueo madrugador, rumbo a la estación, no sabemos si en la maravilla reciente del automóvil, al trote de un coche de plaza o a pie, comprueba que los nacionales no alcanzan sino hasta Las Cuevas. Ninguna frase célebre. Es preferible, en vez de invocar las naves quemadas por Cortés o los dados ya echados de César, confiar en el azar. No hay razón para temer que su viejo amigo, de buen humor por el aire de las alturas, no le dará en Las Cuevas una manito o le hará una gauchada. Seguramente ya ha escuchado y usado estas dos expresiones en temporada argentina.

Julio Verne no hubiera desperdiciado la ocasión para describirnos el Trasandino y exaltar, para beneficio moral y científico de los muchachos del XIX, la proeza técnica Zamacois, aunque no desatiende el paisaje y el esfuerzo hacia lo alto de la locomotora, se

---

<sup>14</sup> Adolfo CUETO. *De Italia a Mendoza: el inmigrante italiano (1870-1914)*. Mendoza, CIUNC, 1982, p. 110 (inérito). Los datos están tomados de *Los Andes*, 9 de julio de 1911, p. 8.

<sup>15</sup> *Un hambre...* Ed. cit. p. 274.

atiene, más bien, a la anécdota inmediata.

Cambio en Uspallata. Zamacois se acomoda en uno de los cuatro vagones de trocha angosta. Oye hablar italiano, inglés, francés, alemán, ruso. Se le ocurre que a la torre de Babel le han puesto ruedas. En este entrevero lingüístico, de previsible filiación comercial, descubre enseguida que su compañero de asiento es un compatriota.

Facilitada por un cigarrillo, la confianza no tarda. El hombre, cuarentón, robusto, de anchas espaldas, mal afeitado, es murciano. Era dueño de una taberna en Tucumán. El negocio marchaba. Pacífico por naturaleza, tuvo la mala ocurrencia de meterse en política. En una gresca electoral ha herido o probablemente matado a un contrario que se le vino encima. Huyó antes de que lo prendieran.

Zamacois recibe el relato con naturalidad y la conversación cesa. Pasan muchas horas y la proximidad del final que le ordena su boleto incita a una tentativa utilitaria. El murciano debe de llevar dinero y es difícil que, ansioso de amparo y compañía, se lo niegue. No se atreve. No ha preparado el terreno y deplora no haberse mostrado más amistoso durante el trayecto. Llegan a Las Cuevas. El fugitivo se sorprende de que su compañero de asiento empuñe el maletín y se despidan. Zamacois no desperdicia la oportunidad de un mutis misterioso y solidario con un compatriota en desgracia. Ya con un pie en el estribo lo mira como significándole: *Yo también, como usted, tengo una historia.*<sup>16</sup>

Noche cerrada. Nadie en el andén. Zamacois, a tientas, se arriima al frente de la estación y llama. No hay respuesta. La soledad y la distancia a Las Cuevas no le inquietan. Sus piernas son sólidas y el maletín liviano. La dificultad está en que ignora la dirección del poblado. Golpe de efecto. El azar sigue en su imitación alentadora de la preceptiva folletinesca. Alguien, *cual si brotase de la tierra*, surge de las sombras y saluda con un trivial (o enigmático) ¡Buenas noches!

Otro español. Cordial, flaco, hablador, ha venido a esperar a un matrimonio con dos niñas ya crecidas que se alojarán en su amplia casa de Santiago. Es sastre y vive solo. Zamacois, para reparar

---

<sup>16</sup> *Ibid.* p. 277.

su falta de arrojo con el murciano decide no separarse de este anticipo de la capital chilena.

El eventual mecenas expone y explica sus planes. Ya que el matrimonio no ha llegado, tengamos paciencia. Dormirán en el Hotel de Comercio —el mejor, asegura— y al día siguiente tomarán el primer tren para cruzar la frontera. Conviene una habitación para dos. Así podrán charlar y, contento de que Zamacois jamás se acuesta temprano, lo invita a una partidita de billar para después de la cena. Hombre discreto y que probablemente ha comprendido ya la situación, no le pregunta al otro cómo es que se encuentra sin más compañía que el maletín en el andén de Las Cuevas y a esas horas. No es antojadizo conjeturar que cuanto sigue había sido previsto en sus líneas generales por el sastre y que los despliegues de ingenio que se atribuye Zamacois para viajar a costas de su compatriota no hacían sino confirmar lo que éste ya había aceptado: cosas que les pasan a los españoles que ambulan por América.

“Salimos del andén, nos acercamos a un carricoche de difícil clasificación. Dos caballos esqueléticos y como entumecidos bajo el relente, debían tirar de él. En el pescante, el rostro escondido en una bufanda, dormitaba el auriga.”<sup>17</sup>

Deploro defraudar al lector. El vehículo, claro está que alquilado por el sastre, no contribuye mayormente al interés de la trama. Los deja, sin tropiezos, en el Hotel de Comercio. Habitación compartida, cena y unas carambolas de sobremesa.

Los viajes impecunes revelan efectos saludables. Como en su evasión disimulada del Bahuer, Zamacois madruga. Debe afrontar el nudo del drama y dirigir con destreza las entradas y las salidas. Se tiene confianza y le sobra experiencia. Al desayunarse vierte una inspiradora copa de ron en el café. Audaz, alentado por el inescrupuloso aguardiente de los piratas de su Caribe natal, vuelve al dormitorio. Encuentra al sastre todavía entre sábanas, ya despierto y fumando. Sin rodeos ociosos, lo trata campechanamente de paisano y, con educada soltura, le pide que abone el hospedaje. No lleva billetes chicos y debe salir sin tardanza a cambiar dinero argentino

---

17 *Ibid.* p. 279.

por chileno. Su interlocutor accede tranquilamente.

De todos modos, le aconseja que no cambie en la estación. Las casas de cambio no abren hasta las ocho y los cambistas del andén son tan bandoleros como los de Tángier. El correrá con los gastos hasta Santiago. Zamacois, eufórico, seguro de la oferta, no derrocha energías en agradecimientos que disminuyen a un caballero. Ya desde el pasillo, añade que ahí queda el maletín. Transportarlo en el carricoche no será demasiada molestia.

“Con el regocijado y expeditivo andar del que huye me fui a la estación, donde hablé con algunos cambistas para poder criticarlos después, y, como el tren estaba formado, en un vagón de primera clase tomé asiento. Minutos después llegó el sastre.”<sup>18</sup>

Este desliza, temeroso de ofender, que siempre viaja en segunda. Dócil a la novedad, rechaza el ofrecimiento retórico de pasar a otro coche. Paga los boletos. Hidalgo, Zamacois insiste en que habrá que arreglar cuentas en Santiago y, por favor, no olvidarse de que también está la deuda del hospedaje.

En el tren viajan unos distinguidos estudiantes limeños que vuelven a su país después de una temporada en Europa. Informados de su personalidad y de sus triunfos porteños, reconocen al escritor y lo colman de elogios y de atenciones. Entre ellas, invitarlo a almorzar. El sastre, como corresponde, se avergüenza de haber ignorado la calidad del señor que viaja en su compañía. *Y así acompañado, concluye Zamacois, y de un modo casi triunfal, llegué a Santiago de Chile.*<sup>19</sup>

El sastre se despide con una sonrisa que, según el destinatario da a entender que no quiere oír hablar de pesos argentinos ni chilenos. Se da por generosamente pagado con el honor de haber conocido a alguien que publica en los diarios y es aplaudido en los teatros. Junto al apretón de manos, le recomienda que se aloje en la Pensión Española. Allí, el camarero encargado de recibir al nuevo huésped cumplió con su deber y pagó el coche.

---

18 *Ibid.* p. 280.

19 *Ibid.* p. 280.

¿Qué le sucedió a Zamacois en Santiago? Muchas cosas. Entre ellas, por ejemplo, otra función en su honor y beneficio seguida de una cena en casa de la legendaria y fastuosa doña Brígida. La dama, había asistido a la representación de *Frío y Nochebuena* con sus "alumnas" desde un palco. El regreso fue prosaico. Lo único digno de mención es que Zamacois no se detuvo en Mendoza y que encontró a Ramona Valdivia al borde de un colapso de humillación y celos.